

SABOR DE VIDA PARA VIDA

Por *Lilith Sanford Rushing*

CUANDO Andrés Rodríguez llegaba del trabajo a la tardecita, venía siempre con olor a durazno. A su madre no le importaba que

oliera a durazno, pero sí se preocupaba porque Andrés, por causa de su trabajo, tenía que asociarse con un cierto muchacho que era quien lo llevaba en su auto hasta la huerta, donde ambos trabajaban.

-Mamá -dijo Andrés una mañana-, ojalá no te preocuparas tanto por Pedro. El me consiguió el trabajo y le estoy muy agradecido por eso. Este verano los trabajos han sido realmente escasos para los muchachos. A mí me gusta trabajar en la Huerta Hernández. Y durante la temporada de los duraznos es muy lindo trabajar allí.

Andrés estaba en ese momento en el porche del frente de la casa, esperando que su amigo, Pedro Salinas, pasara a recogerlo.

La Huerta Hernández quedaba a unos 13 kilómetros fuera de los límites de la ciudad. Era una de las huertas más grandes de la región y en ese momento los duraznos más deliciosos de la zona estaban a punto para ser cosechados. Es un lindo día, pensó Andrés mientras esperaba. No obstante, estaba preocupado por Pedro... y no quería que su madre lo supiera porque de todas maneras ella se preocupaba demasiado. Cuando Andrés miró calle arriba para ver si se acercaba el ruidoso automóvil de Pedro, su madre apareció en el porche. Tenía una expresión muy alegre en el rostro.

-Hijo -dijo colocándole una mano en el hombro-, no debiera preocuparme por la influencia mala que Pedro pueda ejercer sobre ti. Tu puedes influir en él para bien. Tu influencia puede ser mayor que la suya.

-¿Oh? -dijo Andrés. No entendió muy bien.

La Sra. Rodríguez se echó a reír.

-Debieras ser como una cebolla o una banana. Cuando se ponen estas cosas en una nevera sin cubrirlas, todos los demás alimentos que hay en la nevera toman su sabor. Recuerdo la ocasión cuando toda nuestra mantequilla tenía gusto a banana.

Andrés no pudo menos que reír.

-Mamá, entendí, entendí perfectamente. Trataré de darle a Pedro "sabor" para bien.

El carrito de Pedro apareció roncando, y se detuvo repentinamente. Andrés se despidió de su madre y saltó al auto en marcha. Este arrancó, y los dos muchachos se fueron.

En el camino, Pedro pasó a otro carro, y al hacerlo casi lo obligó a salir del asfalto y, lo que fue peor, festejó su hazaña. Andrés quedó callado, pero en su fuero interno desaprobó lo que Pedro había hecho. ¡Cuánto deseaba tener la habilidad de ejercer una buena influencia sobre su amigo!

Al cabo de un rato de viajar, llegaron a la huerta. Esta tenía muchas hectáreas de árboles frutales. El sol calentaba ya y un delicioso

aroma de fruta madura saturaba el aire. En el largo edificio donde se vendía la fruta reinaba una gran actividad. Y los remolques de caja chata, arrastrados por tractores, desfilaban hacia el centro de la huerta. En cada uno de esos vehículos había un conductor, un ayudante y un comprador.



El trabajo de Andrés y de Pedro consistía en ayudar donde se los necesitara. Andrés corrió a uno de los remolques, cuyo conductor lo llamó. Pronto llegaron al lugar donde los duraznos estaban listos para ser cosechados. Pedro subió en el remolque siguiente.

A ambos lados del camino angosto había árboles cargados de fruta en distintos estados de madurez. Las abejas zumbaban por doquiera, y las avispas amarillas devoraban la fruta caída. Los tractores no demoraron en detenerse, permitiendo que bajaran los que iban en los remolques, y Pedro y Andrés comenzaron su trabajo. Este consistía mayormente en recoger fruta; también tenían que colocar los pesados cestos en los remolques. Andrés notó que Pedro perdía mucho tiempo jugando con los chicos que habían ido con sus padres. Mientras Andrés trabajaba, casi se desesperó al tratar de ejercer alguna influencia sobre Pedro. Temía que si él le llamaba la atención a que estaba descuidando sus deberes, Pedro podría resentirse.

Esa misma mañana, un poco más tarde, se les pidió a Andrés y a Pedro que trabajaran en los edificios principales. Ese era el trabajo más difícil. Cuando se anotaban las cestas y se recibía el pago, Andrés y Pedro tenían que levantarlas de los remolques y colocarlas sobre los vehículos de los compradores. Ese trabajo cansaba mucho la espalda. Pero cuando llegaba un momento de descanso, los muchachos volvían a sentirse como nuevos.

Andrés había estado trabajando sin perder tiempo, había sido cortés con los clientes, colocando cuidadosamente la fruta sobre los vehículos como se le había indicado, y durante un rato no había reparado en Pedro. Mientras los remolques llegaban cargados de la huerta, uno de los capataces le pidió a Andrés que trabajara en el centro de control durante un momento.

A una corta distancia del edificio de la oficina, entre un bosquecillo de sauces, había un tinglado largo, semejante a un galpón. Este edificio tenía mesas anchas y allí se colocaban cada día los duraznos de "segunda clase" que se cosechaban. Estos eran los que habían caído con el viento, y eran de calidad inferior. La Sra. Rivas, la dueña del establecimiento, les había dicho a Pedro y a Andrés que nunca vendieran ninguno de esos "duraznos de segunda clase". Andrés a menudo se preguntaba que ocurriría con ellos. Cada mañana, cuando llegaba al trabajo veía ese lugar vacío, y no obstante a medida que transcurría el día, más y más de esa fruta de inferior calidad llenaba las mesas. Al día siguiente esa fruta había desaparecido. ¿Adónde iba?

Cuando Andrés se volvió de levantar dos cestas para colocarlas en un vehículo que estaba estacionado cerca del tinglado de los "duraznos de segunda", notó algo raro. Pedro había tomado una de las cestas de "segunda" y, después de colocarla en uno de los vehículos, recibió el dinero que le daban por ella y se lo echó al bolsillo. Todo eso se había hecho a hurtadillas, según lo notó Andrés. Este quedó tan asombrado ante ese descubrimiento, que permaneció mudo. Él sabía que se esperaba que ningún ayudante o conductor vendiera fruta. Ese era un trabajo que correspondía a la oficina. Andrés se preguntó qué hacer o qué decir. ¿Tendría el valor de comunicarle "sabor de vida" a su amigo? Uno de los conductores que estaba por allí se acercó a ellos con una expresión extraña en el rostro.

-Muchachos, mejor que vuelvan al trabajo inmediatamente. Este no es un recreo. -Y luego regresó a su remolque:

Pedro volvió apresuradamente a su trabajo, pero Andrés se sintió muy miserable. He fracasado en usar mi influencia, pensó.

Pero la fruta lo estaba esperando y no podía perder tiempo. Voló a su trabajo, con el corazón muy apesadumbrado. De nuevo estaban trabajando los dos en la huerta... él y Pedro. Andrés anhelaba decir: "Pedro, ¿cómo es que pudiste vender esos 'duraznos de segunda' y guardarte el dinero? ¿Cómo pudiste hacerlo, ¿Pedro? ¿Te dieron permiso para que lo hicieras?"

PEDRO y Andrés eran dos muchachos, que trabajaban ese verano en la cosecha del durazno, en la Huerta Hernández. Pedro era el que había conseguido el trabajo para los dos. Aunque la madre de Andrés estaba contenta de que su hijo trabajara en la recolección de la fruta, sentía una cierta preocupación porque éste, por razones de trabajo, tenía que asociarse con Pedro. Andrés no podía comprender la actitud de su madre, hasta que un día vio hacer a su amigo algo que él no podía aprobar. Andrés sintió la responsabilidad de hablarle inmediatamente, con el fin de ayudarlo.

Pero cada vez que estaba junto a Pedro, le faltaba el valor para decírselo. Pasaron las horas, y después del mediodía los obreros volvieron apresuradamente a sus tareas. Había mucha gente que llegaba para comprar fruta. La mayoría iban a la huerta y la recogían ellos mismos, pero muchos compraban la fruta que ya estaba recogida. A medida que el sol calentaba, la fruta madura exhalaba un aroma muy

fragante.

Como a la media tarde llegó el momento culminante. Andrés sintió que algo tenía que hacerse. Vio que Pedro se abrió paso hasta el tinglado donde las mesas estaban ahora llenas de cestas de fruta de segunda. Notó que su amigo hablaba en voz baja con ciertos clientes. Le pareció que le oyó decir algo así: "Si Ud. quiere una ganga, puede conseguirla aquí, en esta sección". Y cuando se hacía la venta, Pedro se ponía el dinero en el bolsillo, al mismo tiempo que miraba furtivamente para asegurarse de que nadie lo observaba. Sintióse enfermo, Andrés se dio cuenta de que no podría mantener silencio por más tiempo. Entonces se acercó a Pedro.

-Pedro, ¿qué estás haciendo? No se espera que tú vendas fruta. Y yo te vi que te ponías el dinero en el bolsillo.

Andrés sintió que la voz le fallaba, pero había logrado que las palabras le salieran.

Pedro se enojó mucho, pero no perdió el control.

-Andrés, no te metas en mis cosas -dijo---. Esta fruta se la dan a los puercos. ¿Te preocupan los puercos? ¿No puedo hacer yo algún "extra"? Está bien. Yo soy mejor que un cerdo. ¿No es así?

-¿Cómo sabes que se la dan a los cerdos? -preguntó Andrés.

-Oh, yo sé de estas cosas. Un hombre que tiene muchos cerdos viene a buscarla después del trabajo.

Pedro y Andrés estaban ahora junto al tinglado largo, y en ese momento no había mucha gente. De repente a Andrés le pareció que el corazón le salía por la boca. Una mujer apareció por el otro lado del tinglado y se detuvo frente a ellos. Era una mujer delgada, de cabello oscuro y rostro bondadoso; pero ahora estaba muy seria y habló con firmeza. Miró a Pedro en los ojos.

-Tu nombre es Pedro Salinas, ¿no es cierto? Uno de mis conductores me dijo que tú estabas vendiendo de esta fruta. Has estado haciendo algo deshonesto. Ahora irás a la oficina y recibirás tu pago... y no vuelvas más -dijo. Mirando luego a ambos muchachos agregó: Cuando se trata de honradez no hay nada de "segunda". Absolutamente nada. Uno es honesto o deshonesto.

Pedro había comenzado a tartamudear algo tratando de explicar por qué él pensaba que no era malo obtener un poco de dinero vendiendo esa fruta, siendo que se la daban a los cerdos. Andrés se dio cuenta de que la mujer era la Sra. Rivas, la dueña de la huerta, y tembló.

Cuando Pedro mencionó los cerdos, la Sra. Rivas respondió rápidamente:

-El hombre que tiene el criadero de cerdos lleva la fruta que no se puede usar, pero la mayor parte de esta fruta va a lugares de caridad, a asilos, a orfanatorios, a iglesias, donde se la envasa y prepara para las personas que no pueden valerse por sí mismas. Los obreros de esos lugares a veces se pasan toda la noche envasando la fruta o preservándola de alguna otra manera. Usan cada durazno que pueda aprovecharse. De modo que, joven, puede retirarse.

Andrés se dio cuenta de que había llegado el momento de mostrarse valiente. El sabía que su madre a menudo había orado para que él fuera valiente. Su voz tembló y sus rodillas vacilaron pero él habló. Dijo así:

-Sra. Rivas, le ruego que le permita a Pedro seguir trabajando. Yo he deseado ejercer una buena influencia sobre él. Mi madre dijo que eso era lo que debía hacer. Pero, pero parece que no lo he conseguido. Pedro necesita mucho este trabajo. Su madre es viuda y él tiene tres hermanitos. Después de esto, si Ud. le permite quedar, yo cuidaré de que él... no venda más fruta. Haré todo lo posible para que él proceda como debe.

No pudo seguir hablando y bajó los ojos ante la mirada persistente de la Sra. Rivas. ¿Había hablado en una forma demasiado atrevida? Pero Pedro estaba junto a él y Andrés colocó una mano sobre su hombro. Pedro estaba rojo de vergüenza. Poniendo la mano en el bolsillo, sacó el dinero, y lo colocó sobre la mesa. Apenas le salían las palabras.

-Sra. Rivas, yo... he procedido mal. Como necesitábamos tanto el dinero, me tenté. Pero ahora comprendo mejor las cosas. No... lo haré más. Siempre he querido ser como mi amigo Andrés, que está aquí. Después de esto... después de esto... ¡Oh, Sra. Rivas, procuraré ser como él, le aseguro!
¡Permítame trabajar mañana!

Ahora Pedro se mostró humilde y arrepentido. El rostro de la Sra. Rivas se suavizó. Casi con alegría le dijo:

-Muchacho, te permitiré volver, pero quiero que tu amigo te cuide, como dice que lo hará. Recuerda siempre, en honradez no hay "segundas".

Volviéndose luego a Andrés te dijo:

-Tú eres un verdadero amigo.
Y se fue.